VERÓNICA ESPINOSA

# TODO CON LO QUE SOÑAMOS

RELATO VERANIEGO



*Copyright* © 2023 Verónica Espinosa
PERFILES SOCIALES:
instagram.com/ autora.veronicaespinosa
twitter.com/AutoraVeronica
tiktok.com/ veronicaespinosa__

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
Maquetación: Verónica Espinosa

**Todos los derechos reservados.** Queda prohibido, sin la autorización de los titulares del copyright y bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción de esta obra por cualquier medio o procedimiento. No obstante, sí está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este relato ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial y/o terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

# PARTE I
# LA VIDA SIGUE Y



# NOS PERSIGUE

12 DE JUNIO DEL 2023

La temporada de verano ha llegado y en Miravella; una bonita, pequeña y sencilla isla situada en la costa italiana, el ir y venir de personas se ha convertido en la actividad típica a observar desde los ventanales de cualquier casa. Parece mentira que durante los meses de invierno residan apenas unos mil habitantes y que en cuestión de días sus casas vacías revivan y sus calles se iluminen con los colores de las luces provenientes del interior.

Para la pequeña Giulia, la oleada de caras desconocidas es tan fascinante como abrumador y desde el alféizar de la ventana del restaurante de su tía Sofía, su curiosidad es la que provoca que recorra con sus bonitos ojos verdes, a todo aquel que no conoce, asimilando la idea de que ahora tendrá que compartir su espacio en el parque de la plaza con un montón de niños desconocidos. No es que no le guste compartir su espacio o conocer a otros, pero ella prefiere jugar con Emma o con su mejor amiga Beatritze. Aunque la primera no le haga mucho caso.

El restaurante es como su segunda casa y cuando no asiste al colegio y su madre trabaja, ella se dedica a dibujar, a jugar con el balón en la terraza del interior o con Bea y Emma en la playa.

Con una mueca fija en sus labios manchados por el último cucurucho de chocolate que se comió hace unas horas, Giulia decide abandonar la ventana para acercarse hasta la ajetreada cocina dando brincos. Allí, los olores se mezclan provocando que se le remueva el estómago. Tiene hambre, ya es la hora de comer, pero al parecer, se han olvidado de ello.

Su tía es la mejor cocinera de la isla, eso dicen las personas que se han sentado en una mesa y han probado sus platos. Giulia también opina lo mismo a pesar de que su plato favorito son las pizzas que come con sus padres cuando viaja en barco a Nápoles para visitar a sus abuelos. Hoy no habrá pizza para comer. Le han prometido un gran plato de macarrones con queso y ya tiene bastante hambre como para esperar un poco más por él.

Desde que Sofía decidió abrir el restaurante, Greta la ayuda en todo lo que puede. Una se dedica a cocinar y la otra a servir las mesas. Hacen un dúo perfecto, aunque eso siempre ha sido así, ser gemelas tiene su punto.

—Tengo hambre… —exclama acompañando sus palabras por un suspiro y llevándose las manos a la barriga—. ¿Aún queda mucho para comer, mamá?

Greta, que se mueve de un lado a otro de la cocina ayudando a su hermana pequeña a organizar el menú que servirán hoy en *Fine Terra*, no puede evitar soltar una risa una vez que sus ojos color miel chocan con la graciosa imagen de su hija. Si hay una cosa que describe a la perfección a Giulia, son los gestos y las muecas dramáticas.

Permitiéndose unos segundos, la de cabello castaño no duda en acercarse con una

servilleta, agacharse y limpiarle los labios a su hija prestándole toda la atención.

—A ver, deja que escuche al león. —Greta apoya su cabeza en el estómago de la pequeña y guarda silencio hasta que resuena un pequeño rugido y sonríe—. Vaya que sí —comenta, se pone en pie y se gira para enfrentar a su hermana—. Sofía, me parece que aquí tenemos una urgencia. Tenemos un pequeño león hambriento al que calmar.

Sofía, que no se ha perdido la escena y está secándose las manos con un paño, se echa a reír cuando su hermana le guiña un ojo. No le lleva demasiado tiempo moverse entre cacerolas, ir en busca de un plato, servir un buen puñado de macarrones cocidos y bañarlos con esa deliciosa salsa de queso que tanto le gusta a su sobrina. El último toque que convierte un plato sencillo en uno especial, es parmesano rallado y albahaca fresca. Dos ingredientes que lo convierten en un delicioso manjar ante los ojos de la pequeña Giulia que se relame los labios.

—¡Por fin! —grita y levanta las manos, victoriosa y emocionada—. ¿Puedo comer postre mamá? —señala la nevera donde relucen las tartas de queso y frutos rojos que su tía cocinó a primera hora de la mañana.

—Solo si te lo comes todo y me prometes que no te mancharás el vestido. No quiero que la abuela me diga que soy la culpable de que toda la ropa que te regala, termina en la basura.

Giulia responde con un pequeño puchero, pero una vez que mira a su tía y esta le guiña un ojo, sonríe sujetando su plato con ambas manos para salir de la cocina y buscar un asiento en la mesa que hay junto a la ventana, su preferida.

—No le has dicho que Nico vuelve a casa en unos días, ¿verdad? —Greta niega ante la pregunta de su hermana y camina de vuelta hacia una de las bancadas de la cocina donde se apoya—. Le va a dar un ataque cuando lo vea entrar por la puerta del restaurante. ¿Recuerdas cómo reaccionábamos nosotras cuando papá regresaba a casa tras largos días de pesca en altamar?

Las dos hermanas sonríen y llevan su mirada hacia Giulia, que come sin tener idea de que después de meses fuera del país, su padre volverá a casa. Greta, que no ha dejado de tachar los días en el almanaque que tiene sujeto con imanes a la nevera, sabe que su hija no será la única que sufrirá un ataque una vez que Nico esté de vuelta a casa. Lleva meses durmiendo sola, acomodándose las almohadas en la cama, manteniendo contacto únicamente mediante videollamada y deseando un abrazo de esos capaces de devolverte a la vida.

—Aunque no sé quién tiene más ganas de que Nico vuelva a casa. Si tú o ella. —Sofía le da un pequeño empujón a su hermana y Greta se ruboriza como si fuese una cría de dieciocho años. Pocas son las personas capaces de entenderla, pero Sofía está entre esas que pueden leerte la mente tan solo con una mirada—. Pobre Nico…

La risa de Sofía acompaña el ruido de su cuchillo que, en sus manos, es el arma perfecta para hacer pedacitos una zanahoria que acompañará unas patatas cocidas a servir como entrante esa misma mañana.

—Ojalá que Giulia sepa elegir mejor que nosotras y termine casada con alguien que no esté viajando todo el tiempo —comenta Greta a la vez que suelta un suspiro desesperado—. No imaginé que formar una familia con un militar fuese tan complicado. —Greta decide centrarse en lo que estaba haciendo antes de la llegada de su hija abandonando sus preocupaciones y sus miedos respecto al trabajo de su marido—. ¿La salsa de la *caponata* ya está preparada?

—Lista y buenísima, pero escucha. —Sofía se quita el delantal, camina hasta su hermana y la obliga a que la mire fijamente a los ojos—. Nico vuelve en cuestión de días y tú ya estás pensando en cuándo se volverá a ir —replica alzando una de sus cejas castañas—. Deberías estar dándole vueltas a la bienvenida que le vas a dar cuando Giulia se vaya a la cama y no en lo más turbio de su trabajo.

Greta no puede evitar sonrojarse de nuevo ante el perverso comentario de su hermana, pero tampoco puede desprenderse de esas emociones que la acompañan cada vez que piensa en Nico y en todo lo que estará pasando cuando no se encuentra en Miravella.

—Es que… no lo puedo evitar —admite y se da por rendida—. Mamá me lo advirtió y…

—Mamá te dio su consejo como mujer de marinero qué es, pero ella no tiene ni idea de lo duro que es ver como la persona a la que amas se marcha sin saber si volverá a casa de nuevo… —Sofía sujeta las manos de su hermana y sonríe—. Todo sería mucho más fácil para ti si él fuese marinero, pero piensa que nunca sería tan feliz como lo es cuando lleva su uniforme. Además, me negarás que no le queda bien y que le hace un culo que…

—¡Quieres dejar de insinuarme cosas sexuales por hoy! ¿¡Tú sabes el tiempo que llevo sin…!? —Greta golpea a su hermana con uno de los paños de cocina echándose a reír—. Me voy a volver loca… —suspira.

—Y yo que creía que ya lo estabas…

El silencio se ocupa de neutralizar una conversación que hasta el momento fluía tranquila, invitándolas a centrarse de nuevo en cada uno de los platos que tienen delante. Nada impide que Greta siga pensando en Nico o que Sofía ceda y permita que los recuerdos de Vittoria se deslicen entre sus pensamientos recordándole que no es fácil decir adiós cuando se ama.

Las emociones pasan a ser el condimento que da brillo y color a unos platos que llenaran las mesas una vez que *Fine Terra* abra sus puertas y dé la bienvenida a todo aquel que quiera tomar asiento y perderse en los sabores que emanan de una isla plagada de frescura y libertad; mientras que el pasado y el doloroso recuerdo, se convierten en la paradoja que dará comienzo a un verano lleno de reencuentros y felicidad.

……

—En estos momentos es cuando más agradezco que el restaurante solo esté abierto durante el servicio de comidas. —Greta, agotada y con los brazos ocupados rodeando el cuerpo de Giulia, suelta un suspiro dejándose caer en el respaldo de una de las sillas que están aún sin colocar—. Mamá está agotada hoy, ratoncito.

Miravella está bañada en el color dorado del sol a media tarde. Corre una pequeña brisa que se cuela por las ventanas y la mayoría de las personas están en la playa o descansando tras una dura jornada de diversión.

Después de la muerte de Vittoria, la hermana de Nicola, fueron conscientes de la importancia que tenía la vida; dedicar todo el tiempo a la familia, expresar emociones y hacer realidad sueños. Creyeron que tendrían tiempo suficiente para hacerlo, sin embargo, les arrancaron todas las oportunidades y eso los cambió a ellos. La pérdida los empujó a vivir la vida tal y como siempre la soñaron; Greta tuvo la oportunidad de dedicarse a la familia y cuidar de Giulia, que recién había nacido; Nico, tras lo sucedido con su hermana cambió su puesto de trabajo y pasó a convertirse en parte del cuerpo de médicos del ejército, y Sofía se centró en el restaurante al cien por cien.

Giulia, que fue la única que no tuvo que acostumbrarse a vivir el «después», se mantiene abrazada a su madre con la mejilla apoyada en su pecho. Siempre le gustó abrazarla así,

escuchar el ritmo de su corazón, sentirlo y percibir ese aroma dulzón que se le pega a la ropa después de cocinar sus dulces favoritos.

—Mamá… entonces, ¿no iremos a la playa?

—Ya te lo he dicho, estoy agotada… —Greta despeja la frente de su hija con una mano y la besa—. Te prometo que iremos mañana y que haremos juntas un castillo, ¿qué te parece?

—Tú no sabes hacer castillos… —le recrimina su hija—. Papá los hace mejor, pero él no está y no volverá este año.

Sofía y Greta se miran de forma cómplice.

—Tu madre necesita descansar, Lia… —Sofía, que aún no termina de ordenar las mesas del local, no tarda demasiado en dejar lo que está haciendo para acercarse a su sobrina y sujetarla de una mano—. Pero iremos las dos, ¿qué te parece? Podremos ir a la heladería de Ritta y comprar un helado de dos bolas.

—¡Si! —La voz de la pequeña se arrastra por todo el restaurante haciendo un eco que se mezcla con el ruido del lavavajillas proveniente de la cocina—. Mamá, tú descansa mucho y cuando papá vuelva, haremos un castillo juntos y te enseñaré cómo se hace, ¿vale?

Con el pequeño problema solucionado, Sofía vuelve a lo suyo. Desde hace un tiempo, sus silencios están ocupados por esos recuerdos que se despiertan con cada pequeño detalle del día a día. Convivir con el recuerdo de Vittoria y con el vacío que dejó es mucho más complicado que hacerse a la idea de que nunca más volverá a despertar a su lado o besar sus labios. Fue gracias a Giulia, al mar y a su trabajo que logró liberarse de lo que le sobraba y seguir adelante; calmar sus emociones e inseguridades.

—Esta niña no se cansa nunca… —comenta Greta una vez que su hija sale corriendo hacia la terraza interior del restaurante con su balón entre las manos—. No sé a quién se parece.

—A su padre, está muy claro. —Sofía responde con una seguridad que sorprende a su hermana que la mira y niega un par de veces con un movimiento suave de su cabeza—. No me mires así —levanta las manos—, sabes que Nico a su edad era igual. Siempre se escuchaba a Dana gritar a través de las ventanas, ¿lo recuerdas?

—*"Nicolás, como no te sientes a comer como una persona normal olvídate de acompañar a tu padre"* —recuerdan al unísono echándose a reír.

—Hablando de Dana, ¿cómo está? —Sofía invita a su hermana a que la acompañe—. La última vez que le pregunté a Nico me dijo que seguía igual.

Perder a su hija tampoco fue sencillo para Dana y Viaccio. Tras recibir la noticia de la desaparición y presunta muerte de Vittoria tomaron la decisión de mudarse a Nápoles y reiniciar allí sus vidas. Sin embargo, para Dana fue mucho más complejo y lo único que permitió que mejorase fue la medicina y las visitas de Giulia cada cierto tiempo.

—Ya sabes… —Greta suelta un suspiro y acomoda las copas de cristal sobre una de las mesas que están ordenando para la mañana siguiente—. Por más que digan que el tiempo te ayuda, la verdad es que debes ser tú el que opte por mejorar —hace una pausa y en silencio, pone en orden los cubiertos—. Cuando Vicky murió, Dana lo hizo con ella y se ha negado a vivir desde ese momento —apunta—. No es que no la entienda. Yo también soy madre, pero me da lástima pensar que está perdiéndose los mejores años de su nieta.

Sofía, que ha escuchado atentamente a su hermana, la observa y la apoya con una mirada que es capaz de expresar emociones sin necesidad de palabras. Parte de sí misma también murió aquel día, pero en lo único que podía pensar mientras que lloraba abrazada a la ropa de Vittoria era en lo que ella querría que hiciera y fue así como logró avanzar y

seguir con su vida.

—Tarde o temprano, Dana se dará cuenta de que Vicky no querría eso para ella —dice y sonríe—. Vittoria era una mujer increíble y sé que ahora mismo, esté donde esté, lo único que desea es que sigamos adelante y seamos felices.

La muerte de su cuñada provocó un gran dolor en todos. Ocasionó la ruptura del día a día familiar y a raíz de ello, la relación entre las hermanas cambió. Greta intentó hacerse a un lado y mantenerse ahí a la espera de que la necesitaran; estar atenta y no bajar la guardia, permanecer con los ojos bien abiertos y acudir al rescate con un abrazo o unas palabras de aliento. Nico se refugió en ella un centenar de veces, pero Sofía no. Ella pasó el duelo a solas, refugiándose en su trabajo y en el mar.

Vittoria y Sofía siempre fueron la pareja perfecta. Quién las conocía de cerca era capaz de ver en ellas la complicidad, el amor y la energía que emanaba de sus corazones. Se conocieron la misma noche que Greta y Nico anunciaron su compromiso. Todos bailaban bajo la luz de los farolillos que adornaban el chiringuito de Umberto a pie de playa y fue un flechazo de esos que no suelen pasar y que aparecen como una estrella fugaz. Meses después y aprovechando la Navidad, Sofía le confesó a Vittoria que la quería y aquella noche de fuegos artificiales fue el inicio de una relación que duró más de tres años.

—¿Tú estás bien? —Greta, que ha seguido los pasos de su hermana y ha entrado en la cocina, no puede evitar sentir la necesidad de preguntar—. Desde que Vicky murió es la primera vez que tú y yo hablamos de ella.

—Lo intento. —Sofía sonríe y sigue a lo suyo creyendo que ese par de palabras será suficiente para calmar la curiosidad de su hermana.

—Sé que debe ser difícil… —murmura Greta indecisa—, pero tú misma lo has dicho. Debes seguir adelante y ser feliz.

—Y lo soy.

—¿Estás segura? —Esa pregunta provoca que Sofía suelte la bayeta y se enfrente por fin a la mirada de su hermana—. Escucha, no es que crea que eres infeliz. Hablo de, ya sabes. Desde que Vittoria murió no has salido con nadie y…

—Y crees que debería buscar a alguien para…

—¿No crees que ella querría que conocieras a otra persona y fueras feliz?

Sofía aguarda un segundo e intenta encontrar las palabras exactas con las que formar una respuesta que exprese cómo se siente.

—Lo único que sé es que la única persona con la que yo quería compartir mi vida, murió. —Sofía se seca las manos y se aparta el pelo de la cara con las manos húmedas—. Yo amaba muchísimo a Vicky, teníamos una relación especial… de esas que muy pocas veces puedes igualar —añade—. ¿Tú podrías empezar tu vida con alguien más si Nico muriera?

El silencio regresa, pero esta vez lo hace de una forma diferente. La tensión espesa el aire e impide que las gemelas continúen una conversación que en principio era tranquila. Aún tienen mucho de lo que hablar, muchas emociones que liberar, miedos que enfrentar e inseguridades que dejar atrás, pero Greta decide dar por terminada la charla y Sofía se lo agradece.

—Creo que iré a por Giulia. —El silencio se rompe y ambas respiran—. ¿Te quedas tú terminando todo esto?

—Claro. Ve. Pasaré por ella en cuanto termine.

—Vale.

*Fine Terra* sucumbe al silencio y una vez que Greta se marcha junto a Giulia dejando a

Sofía a solas en el local, las lágrimas brotan de los ojos de esta recordándole que el dolor de su corazón roto sigue vivo y ardiente en su pecho, y que por más tiempo que haya pasado, sigue anclada a un amor que desgraciadamente, no regresará.

# PARTE II

# REGRESAR A CASA Y



# AMAR

16 DE JUNIO DEL 2023

A Nico le enseñaron en la academia militar a enfrentarse a muchas cosas, pero nunca a la pérdida de un ser querido y el día que le anunciaron que Vicky, su hermana, desapareció tras un ataque imprevisto en oriente, el mundo se le vino abajo. Si bien era cierto que el riesgo cero no existe y que se corre peligro allá donde vayas, pocos son los trabajos que pueden llevarse tu vida por delante en un pequeño descuido. Y el suyo era uno de ellos.

Cuando Nicola y Vittoria tomaron la decisión conjunta de ser militares, lo único que les ataba al mundo era su familia. Dana no cesó en sus intentos por hacerlos entrar en razón, pero eran jóvenes, no tenían pareja y sus pretensiones futuras no iban más allá. Les parecía una labor perfecta a empeñar, estaban decididos y al final, se lanzaron sin pensar.

Al principio las cosas no fueron tan bien como creían que iría. Las pruebas eran duras y complicadas, tenían que ponerse en forma para destacar en el pelotón y al final, se convirtieron en los mejores. Con el paso del tiempo las misiones enfrentadas, las pérdidas de compañeros y las heridas sufridas los transformó en dos adultos forjados por el dolor. Fue el destino el que los arrastró a descubrir que las elecciones de juventud podían convertirse en un pesado lastre y el que los llevó de la mano a vivir un capítulo nuevo en sus vidas.

El día que Nico tropezó con Greta su corazón explotó como una bomba en su pecho. Se conocían como se conocen todas las personas de la isla, pero aquel día, se quedó sin aire y también sin alma. Lo único que tuvo que hacer ella para que Nico cayera rendido a sus pies fue sonreír. A él le costó mucho más y necesitó elaborar un plan repleto de encuentros inesperados llenos de casualidades que al final se convirtieron en recuerdos inolvidables. Nico y Greta se prometieron una noche de San Juan y meses más tarde enlazaron sus vidas sin pensar en el futuro, en los riesgos o en la muerte misma.

Vittoria, en cambio, tuvo que esperar un poco más para reconocer a quién sería el amor de su vida. Durante la fiesta de compromiso de su hermano fueron presentadas y la atracción fue inmediata. Imposible de olvidar, la picardía de Sofía, su sonrisa y su contagiosa risa se le metió dentro hasta pararle la respiración durante un primer baile, y convertirse en gelatina cuando se besaron.

Ninguno tuvo escapatoria, tampoco huyeron. El amor cambió sus vidas, los fortaleció, los hizo brillar y volar, y también sufrir de verdad.

El mismo año que Nico y Vittoria decidieron darse un descanso y apartarse del ejército por un tiempo, fue el mismo en el que Vittoria sufrió un ataque en el convoy en el que se encontraba junto a su grupo de compañeros. Las primeras noticias anunciaron una muerte segura, pero lo que pasó en realidad fue mucho más complejo. Los soldados fueron llevados

a un campamento de refugiados para ser tratados por sus heridas y el gobierno italiano perdió la ubicación exacta del lugar en el que se encontraban. Al no encontrarlos se les dio por muertos, se avisó a sus familias y se desató un operativo de búsqueda secreto que no dio sus frutos hasta comienzos de este nuevo año, el 2023. Un año desde que Greta anunció que sería especial ante la mirada incrédula de su hermana Sofía.

……

Roma cae, lo hace ante la atenta mirada de un millón de estrellas que acompañaron a Vicky y a su hermano desde que llegaron a la capital. Afuera, más allá de las paredes del hotel en el que se hospedan, la vida continúa como siempre; sin percatarse de que varios soldados han «vuelto a la vida» tras varios años desaparecidos.

—He pedido que nos traigan la cena al dormitorio, imagino que no tendrás muchas ganas de caminar por Roma después del viaje. —La voz de Nico causa un eco sordo que rompe el silencio del dormitorio del hotel segundos antes de tomar asiento junto a su hermana, que no deja de mirar las fotografías que él mismo dejó entre sus manos hace unas horas—. No le des más vueltas. No creo que haya una sorpresa mayor para ella que volver a casa, créeme.

Vittoria no deja de mirar las fotos que su hermano puso en sus manos. Greta sigue igual, con su cabello por los hombros a ondas. Giulia, a la que no conocía, le ha arrancado más de una sonrisa y Sofía, ella es la que se ha llevado la mayoría de su atención; su chica sigue llevando el pelo por mitad de espalda, con esas trenzas hiladas cayendo sobre su pecho.

El día que conoció a "*su Sofie*" fue su estilo hippie desenfadado lo que llamó su atención. Greta y ella eran idénticas, sí, pero Sofía siempre marcaba esas diferencias que permitían a cualquiera saber con quién estaba tratando. Con su ropa colorida, con su sonrisa y su risa, con esas pulseras colgando de sus muñecas continuamente y el aroma a flores que se le pegaba en la piel; ella siempre le pareció una, irrepetible y maravillosa. Como una caracola en mitad del océano.

—¿Sorpresa? —pregunta dejando las imágenes sobre la mesa—. Nico, esto no es una sorpresa. Mírame. —Vittoria se señala la cara y suspira desesperada. Aterrada por la posible reacción de su chica cuando la vea, se levanta y camina para pararse frente a la ventana y buscar en el horizonte algo que calme sus emociones—. Estoy desfigurada. He dejado de ser la que era y ella… No recordaba a Sofía tan guapa y atractiva como en las fotos.

Nico suelta una pequeña risa fruto del último comentario de su hermana y se pone en pie para reunirse junto a su hermana y así, abrazarla por la espalda. En silencio apoya su mentón sobre su cabello azabache y deja que sus miradas se encuentren en el reflejo que se muestra en el cristal de la ventana.

—Estás hablando de Sofía, Vicky, no de cualquier otra persona —apunta el mayor de los dos con tranquilidad mientras busca una de sus manos y la sujeta brindándole ese apoyo que sabe, necesita—. Desde que te perdió, lo único que ha cambiado en su día a día es que ahora ha convertido tu deporte favorito en su pasión. Confía en vuestro amor. Sé que ella aún te quiere.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Acaso te lo ha dicho?

—¿He dejado yo de quererte? —pregunta—. Deja de pensar que Sofía te querrá menos a causa de tus heridas porque estoy seguro que pasará todo por alto en cuanto te tenga al lado.

Vicky, con el rostro destrozado a causa del paso de las llamas y con un brazo en cabestrillo tras duras operaciones, se gira y abraza con toda la fuerza que dispone a su hermano; un acto que extrañaba repetir tanto o más que esos «te quiero» que tan difícil se le hacían de expresar antes de que estuviera a punto de morir. Está viva, tiene una segunda oportunidad para hacer realidad todo eso que soñó alguna vez y aún no se lo puede creer.

—Gracias por estar siempre a mi lado —le susurra ella con la voz tomada por las lágrimas—. No sé qué haría sin ti, de verdad.

—De todo. —Él se aparta y le sonríe de nuevo secando el rastro que han dejado las lágrimas en sus mejillas moteadas por esas pecas que ambos comparten y heredaron de su padre—. Eres capaz de hacer muchas cosas por ti misma. No lo olvides nunca.

El día que a Nico le notificaron que habían encontrado a su hermana, creyó que le estaban gastando una broma brutal. Se molestó tanto que acabó pagando su frustración con el mensajero. Al descubrir que era cierto, lo primero que hizo fue contrastar la información que le habían entregado y echarse a llorar. Ni siquiera pidió permiso para formar parte del grupo de rescate que acudió a por ella y el resto de compañeros.

Nunca podrá olvidar el momento en el que atravesó las lonas de la tienda en la que Vittoria descansaba fruto de los sedantes que la mantenían dormida para evitar que el dolor de las heridas la mortificase. Le importó poco su estado físico y reaccionó como lo hubiera hecho cualquiera, la abrazó. Su hermana estaba vida y eso era lo único que importaba; ni el tiempo que habían permanecido separados, ni cómo es que habían llegado todos allí. Nada.

Pensó en Giulia, en esas noches de verano que había pasado junto a ella hablándole de lo valiente que era su hermana, pero en quién más pensó fue en Sofía y en lo feliz que sería una vez que se reunieran.

La familia volvía a estar a completo y se juró a sí mismo que nada ni nadie más los separaría.

—¿Le dijiste a Greta algo sobre mi vuelta? —Nico niega sorprendiendo a su hermana—. Deberías de habérselo dicho.

A los únicos parientes a los que Nico anunció el regreso de Vittoria fueron sus padres. Dana y Viaccio los esperaban en Nápoles desesperados e impacientes por estrecharla entre sus brazos. No podían creerse aquello que su hijo les había anunciado por teléfono y necesitaban ver con sus propios ojos que su preciosa hija pequeña seguía entre ellos.

—De hacerlo, Sofía sería consciente en este momento que volverás a casa y estoy seguro de que, a pesar de tus miedos, no quieres que nadie te estropee la sorpresa. —Nico levanta una ceja y estalla a reír al ver la sonrisa de su hermana—. Greta puede ser muy discreta, pero respecto a las cosas de Sofía, no tiene límites.

Vittoria no puede contener la risa y ese es el sonido que conmueve el corazón de su hermano que no deja de mirarla como si se tratase de un sueño.

—Estoy deseando volver a casa —confiesa ella.

—Quedan muy pocos días… —Nico susurra esas palabras y se deja caer cómodamente en el sillón del dormitorio—. Yo no dejo de pensar en los ojos Giulia cuando me vea.

—Creía que dirías en Greta —comenta ella con gracia—. ¿Cuánto llevas fuera de casa?

—Más de medio año, y siento que ha pasado una eternidad… —susurra.

—Ya va siendo hora de que dejes todo esto, ¿no crees? —Vicky lanza una flecha y su hermano es incapaz de esquivarla. Él la mira ocultándole que no dejó su trabajo porque parte de sí mismo se negaba a abandonar cada recuerdo vivido con ella y después, afirma

—. Después de todo lo que ha pasado me he dado cuenta de que la vida es demasiado corta como para jugársela como lo hacemos nosotros en cada misión que afrontamos.

—¿Qué propones hermanita? —cuestiona con curiosidad—. ¿Qué lo dejemos?

—Todos los que nos esperan en casa se han pasado años sufriendo por nosotros. —Vittoria lleva la mirada hasta las fotografías y coge una de ellas entre sus dedos—. Va siendo hora de que correspondamos.

—Hagámoslo así entonces.

—¿Nunca más? —pregunta.

—Nunca más.

……

La noche ha caído y con ella, familias enteras pasean por las calles de Miravella a la vez que otras, se encuentran recogidas en sus hogares o en los hoteles en los que se hospedan. Se puede escuchar el ruido formado por las conversaciones desde donde se encuentra y los bares, permanecen abiertos permitiendo que la música se una al vaivén de las olas.
La isla está repleta de lugares hermosos pintados de colores y aromas. Desde lo más alto, ahí donde los miradores entregan una perspectiva completa de la playa de las caracolas, pueden visualizarse, iluminados, esos recovecos llenos de magia, historias y recuerdos. Si le preguntasen ahora mismo a su sobrina, ella diría que su favorito es el parque que hay a la vuelta de su casa. Para su hermana, el museo pesquero que tanto le recuerda a su infancia, para ella… sin lugar a dudas era el muelle bajo la luz de la luna llena.

Vittoria y ella hicieron de ese lugar un paraíso. Allí fue donde se besaron y bailaron por primera vez. También donde se confesaron que se amaban. Tras la muerte de la hermana de Nico, ese camino de madera hacia el infinito se convirtió en un mausoleo visitado por Sofía desde la lejanía; era incapaz de acercarse sin echarse a llorar, o recordar al amor de su vida zambulléndose en el agua como una sirena en su habitad natural. Después de continuas visitas el muelle, este se transformó en la burbuja donde se escondía del mundo. Allí se permitía llorar y dejarse llevar por las emociones sin que nadie sintiera lástima por ella.

Con la noche entrada en madrugada y Greta y Giulia sumergidas en un sueño profundo, Sofía se dejó llevar hasta ese lugar que tanto la calmaba. Tomó asiento y permitió que sus piernas colgasen hacia un vacío oscuro mientras que sus ojos no hicieron otra cosa que perderse en el brillo que la luna provocaba en el agua al caer sobre el mar. No podía quitarse de la mente la conversación que había tenido con su hermana días atrás y eso le había robado el sueño. Greta podía ser muy directa cuando quería. No se andaba con rodeos cuando algo la inquietaba.

Sofía era consciente de lo mucho que le había costado a su hermana mantenerse al margen y no meterse con su forma de llevar el duelo. Ella había encontrado la manera de mantener dormidos sus recuerdos con Vittoria, pero no era fácil. Siempre que ella salía a la luz, sus emociones se removían por dentro y la trastornaban hasta el punto de robarle el sueño, las ganas de comer y también de vivir.

La castaña no había hablado con nadie que no fuese Nico (que era el único que podía llegar a entender sus emociones) y se había guardado para sí misma su decisión de permanecer soltera pro el resto de su vida.

—Hace mucho que no vengo por aquí. —Tumbada ahora en el suelo con la mirada

puesta en las estrellas, Sofía habla dedicándole sus palabras al amor de su vida—. Espero que no me lo hagas pagar la próxima vez que haga buceo, que te conozco.

Por un instante, al cerrar sus ojos y colocar una mano sobre su pecho, escucha la risa de Vittoria mezclada con los latidos de su corazón. La última vez que estuvieron juntas ahí, hablaron de todos esos lugares a los que querían ir juntas.

—Llevo unos días preguntándome qué pensarás de que haya decidido permanecer soltera hasta el día que muera —dice—. Greta me ha dicho que querrías verme enamorándome de alguien más y alcanzando esos sueños que un día soñamos vivir juntas, pero yo sé que te podrías celosa y que harías todo lo posible por tumbar mis nuevos propósitos. —Al abrir sus párpados, el rostro de Vittoria toma forma entre las estrellas y sin frenarlas, las lágrimas caen como un pequeño río por sus mejillas—. Ojalá no te hubieras ido, Vicky. Todo sería mucho más fácil.

Su madre le contó una vez que perder a tu alma gemela es como sentir que te arrancan algo de dentro, que tu corazón se niega a soltar su recuerdo y que tu cuerpo es incapaz de olvidar su roce.

Sus recuerdos con Vittoria eran lo que la mantenían en pie y ayudaba a que su sonrisa se mantuviese dibujada a todas horas. Sofía le había prometido una vez que jamás dejaría de hacerlo, que permanecería con ella toda la vida y lo haría, aunque esta se hubiese roto en pedazos tras su partida.

—Pronto será San Juan y… ¿sabes de lo que me he acordado? —pregunta a la noche—. De lo que me dijiste la última vez que lo vivimos juntas en familia, ¿lo recuerdas?

Vicky le comentó aquella noche de hace años que, si todo iba bien, se casarían el próximo año y desde ese momento, las mariposas se instalaron en su estómago para recordarle que serían felices siempre.

—Nunca me lo preguntaste formalmente, pero me hubiese encantado formar una familia contigo.

Sofía trasladó sus pensamientos hasta Greta que, junto a Nico, habían logrado crear una familia idílica, llena de amor, aventuras, risas y amor. Sentía esa clase de envidia sana que encogía su corazón. Estaba segura de que Vittoria no deseaba otra cosa que su felicidad, pero ella quería ser feliz con ella por muy dura que se le hiciera la decisión.

Con el mar rugiendo en la lejanía, Greta despertó de su sueño y se levantó de la cama para recorrer el pasillo que la separaba del dormitorio en el que Giulia dormía tranquila. Esconderle que su padre estaba a punto de volver a casa no estaba siendo fácil, menos aun cuando la pequeña se dedicaba a preguntar por él a todas horas. En lo único que podía pensar (y desear) era en no tener que contar días o meses, despertar rodeada de los brazos de su marido y no de almohadas, poder abrazarse a su cuerpo o besar sus labios cuando necesitase energías para continuar.

La vida era demasiado dura para los amantes y ambas hermanas lo sabían bien.

# PARTE III

# SE PUEDE VOLVER A



# VIVIR Y VOLAR

21 DE JUNIO DEL 2023

Una de las primeras actividades que Giulia catalogó como «su preferida», fue la de construir castillos de arena. La época de verano fue siempre su favorita. Le encantaba quitarse los vestidos que su madre la obligaba a llevar, y caminar con los pies descalzos sin importar si se los manchaba o no. Su padre y ella se sentaban en la orilla horas y horas para edificar un complejo castillo que en ocasiones tenía hasta un lago repleto de conchas y ella amaba esos momentos junto a él.

Giulia adoraba a su padre, era el «mejor de los papás» y lucía a Nico cómo lo hacía con sus peluches favoritos. A Greta todo eso la llenaba de ternura y la trasladaba a su infancia, a esos días que junto a su hermana consumían la energía de su padre cada vez que él volvía a casa. Sofía y ella atesoraban esos momentos con felicidad, y Greta era feliz sabiendo que Giulia recordaría los instantes vividos junto a Nico con la misma emoción.

Con el sonido de las gaviotas sobrevolando sus cabezas, Greta hace uso de una mano y la coloca de visera para cubrir sus ojos verdes de la luz del sol. Giulia juega en la orilla con otros niños y ella, junto a Sofía, permanecen tostándose un poco al sol. La última parece estar dormida pero lo cierto es que está fingiendo para evitar que su hermana le pregunte de más.

—Dana y Viaccio han decidido pasar el verano en la isla. —Sofía que ha escuchado eso, abre los ojos de golpe y se incorpora como si le hubiera picado una medusa—. Me han llamado a mediodía y… no sé, todo ha sido muy extraño. Aún no me lo puedo creer.

—Menuda sorpresa —responde—. ¿Te dijeron algo raro?

Greta se sacude los restos de arena pegados en la piel y se encoge de hombros sin saber bien qué responder.

—No me hagas caso —niega con las manos—. Es que estoy deseando que llegue el veintitrés. No dejo de pensar en Nico y…

Sofía no esconde su sonrisa y se toma unos segundos para mirar a su sobrina antes de centrar toda la atención en su hermana. No lo dice, pero la comprende tan bien que no puede evitar abrazarla y esperar que ese mimo alivie su desesperación.

—Tendrás a Nico aquí en cuestión de días y míralo por el lado bueno —comenta—. Después de lo de Vicky, es la primera vez que estaremos todos juntos de nuevo. ¡Es motivo de celebración! ¡Vamos mujer! —enfatiza zarandeando a su hermana—. Sonríe y deja de pensar cosas raras.

Sofía abraza a su hermana de nuevo y Greta no duda un segundo en corresponder.

—No tengo ni idea de cómo lo haces, pero me alegra que de las dos, haya una capaz de ver lo positivo de lo negativo.

—Algo bueno tenía que tener además de estas dos manos que Dios me ha dado, ¿no? —Sofía las levanta y las zarandea quedándose en silencio una vez que sus ojos chocan con el anillo que Vittoria le regaló unas navidades pasadas—. Le he estado dado vueltas a lo que dijiste en el restaurante hace unos días y creo que tenemos que hablar.

Perpleja, su hermana mayor bebe de la botella de agua fría que trajo consigo a la playa entre otras cosas y se la cede.

—Hace un tiempo le prometí a Vicky que estaría con ella el resto de mi vida y… —Tras darle un sorbo a la botella, cierra con el tapón y se la devuelve a su hermana—. Después de su muerte decidí que no volvería a estar con nadie más.

—¡Pero eso es una locura! ¡Tienes veintisiete años y aun eres joven! —Greta se exalta e intenta hacer entrar en razón a su hermana—. Sé que Vittoria no quería esto para ti.

—No importa lo que ella quiera, Greta, es mi decisión y esté donde esté, sé que lo entenderá. —Sofía echa la mirada al mar y estupefacta, Greta le sujeta del brazo llamando su atención.

—¿Estás segura? —insiste—. Sé que tú y ella teníais una unión única, pero… no sé, es demasiado.

—Sea como sea, es lo que me hace sentir bien y espero que lo entiendas…

—¡Tía! ¡Tía! ¡Tía! ¡Mira! ¡Mira lo que he encontrado! —Giulia es la encargada de romper la conversación. Tras correr por toda la orilla y arrodillarse entre ellas, muestra su hallazgo. A la pequeña siempre le gustó recolectar conchas y en cuanto vio la caracola sumergida bajo el agua, no se lo pensó dos veces—. ¡Es súper bonita! ¿Verdad, mamá?

—Sí que lo es… —Greta abraza a la pequeña y le saca algunas greñas de la frente—. ¿Por qué no la guardamos para cuando venga papá? Así podréis adornar el castillo que hagáis juntos…

Giulia mira a su madre con desconfianza, atrapa la caracola con fuerza en una mano y la lanza lejos con los ojos llenos de lágrimas y los labios temblando.

—¡Papá no volverá a casa! ¡No volverá! —Las lágrimas bañan las mejillas de la pequeña y Greta, sorprendida y agitada, se pone de rodillas para abrazar a su hija que llora desconsolada—. ¡Quiero que venga papá! ¡Me prometió que lo haría!

—Vamos cariño, papá nunca ha roto su promesa, ¿verdad? —susurra Greta que la abraza y la sienta sobre sus rodillas para acunar a su hija como si fuese un bebé—. Lo único que tienes que hacer es desearlo mucho, como las princesas de cuento y verás cómo tus sueños se hacen realidad.

—Tu madre tiene razón. —Sofía se reúne con ellas y le dedica a su sobrina una sonrisa dulce—. Tu papá jamás ha roto una de sus promesas y si dijo que estaría aquí, lo estará. Verás que pronto aparece con ese bañador de rayas amarillo y haréis un castillo gigante lleno de conchas y colores.

—¿De verdad? —Giulia, con hipo, los mocos colgando y los ojos llenos de lágrimas, deja de berrear para centrarse en lo que su tía le dice. Su tía Sofía nunca mentía, siempre decía la verdad y su pequeño corazón desea en este momento que sus palabras sean verdad—. ¿Y pondremos piedrecitas haciendo un camino?

—¡Uno muy largo! —exclama Sofía—. ¡Así de largo! —precisa—. Y será el mejor castillo que hayáis construido jamás.

Giulia, perdida en las emociones que la han colapsado durante un momento, rompe el abrazo con su madre y se dirige hasta su tía a la que abraza con tanta fuerza que casi la deja sin aire. Greta, con el corazón roto, seca las lágrimas que ha logrado mantener a raya frente

a su hija y se pone en pie con la intención de quitarse el pareo para zambullirse en el agua.

—¿Se puede saber qué es esta reunión y por qué no he sido invitado? —Por obra de magia, Nico aparece provocando que Giulia abra sus ojos de par en par y que Greta sienta que sus rodillas flaquean fruto de la sorpresa. Sofía, desconcertada mira a su cuñado que sonríe y ríe a sabiendas de que las ha sorprendido a todas. Incluso a ella—. ¿Pensáis quedaros ahí y no venir a saludarme?

Giulia es la primera que se abalanza sobre su padre seguida de su madre que lo mira como si fuese un sueño y lo besa en los labios manteniendo a raya el nudo que se le enrosca a la garganta fruto de las emociones. Sofía, al contrario que las demás, mantiene la distancia y lo saluda con un saludo militar que es común entre ellos desde que su hermana le dijo que habían comenzado a salir juntos.

No podía haber un momento mejor para llegar a casa que ese y todos los presentes en aquel rincón junto al mar, lo sabían.

……

A Nico se le daban bien las sorpresas y la última era un ejemplo de ello. Giulia había agotado hasta la última gota de energía con su padre en la playa y Greta no había abandonado la sonrisa que se le dibujó en los labios una vez que él la besó. Ahora ya estaba en casa y no importaba nada más que vivir, amar y volar alto. Porque si Nico estaba seguro de algo era que nada ni nadie interrumpiría su vida a partir de ahora.

A pesar de que Nico le había dicho a su mujer que no volvería hasta el día veintitrés por la tarde, Vittoria, tras mucho rogárselo, había conseguido que cediera. Necesitaba volver, rodearse de los suyos y romper con el pasado que la había atormentado durante años. Nico ya lo había hecho y desde la lejanía, su hermana había presenciado el momento justo en el que su sobrina se colgó de su cuello ante la brillante sonrisa de Greta y la preciosa mirada de Sofía.

Presenciar a su hermano ejerciendo como padre, jugando con Giulia en la arena, riendo y corriendo por la playa en libertad, fue algo nuevo para ella. Mientras los observaba sentada en uno de los bancos del paseo marítimo su mente la llevaba de un lado a otro, incidiendo en ese momento del pasado en el que deseó crear una familia. Sabía que no iba a ser fácil, que a las familias formadas por dos personas del mismo sexo se le ponían demasiadas trabas, pero estaba dispuesta a dar todo de sí por ser feliz y cumplir ese sueño junto a Sofía.

Ahora, tan sólo debía esperar y rogar porque Nico fuese lo suficiente embaucador para convencer a Greta de pasar el día fuera y no sumergida en el restaurante. Necesitaba que Sofía estuviera a solas, porque sabía que estos años separadas ocasionaría (en el mejor de los casos) un choque de emociones que tan solo calmarían a su manera.

Con la isla escondida bajo el manto de la noche y Vittoria escondida en la casa que fue de sus padres, todos los pensamientos de la pelinegra estaban puestos en su chica y en todo lo que ocurriría a la mañana siguiente. Barajaba varias opciones. Unas más dulces, otras más amargas, pero todas ellas la invitaban a verse a sí misma, por fin, abrazando a la mujer que amaba.

—¿Cómo va la noche? ¿Aburrida? —Nico, al otro lado de la línea telefónica, sonríe y toma asiento en uno de los sillones de la terraza. Greta está en el dormitorio con Giulia, así que ha aprovechado ese espacio de tiempo para escabullirse y llamar a su hermana.

—¿Tú qué crees? —Vittoria suelta un suspiro y se incorpora del suelo en el que está para atrapar sus piernas entre sus brazos—. Nunca se me ha dado bien estar encerrada entre cuatro paredes.

Su hermano se echa a reír porque ese comentario lo lleva a recordar aquellos juegos de infancia en los que ambos se escondían en los armarios para no encontrarse y su hermana huía de ellos porque no lo soportaba.

—Vamos. No te quedan muchas horas. Tú misma has trazado este plan así que ahora no puedes tumbarlo y hacer lo que te dé la gana. —Nico se queja desde el otro lado e intenta que su voz no se escuche demasiado tapando sus labios y también el auricular del teléfono con una mano.

—¿Cómo qué no? ¿Tantos años en el ejército no le ha enseñado nada sargento? —La pregunta provoca que Nico se eche a reír—. Siempre se puede hacer pedazos un plan y volverlo a armar.

—Y a ti eso se te da genial, ¿verdad?

—Mejor que a ti, ya lo sabes. —Vittoria y su hermano tienen esa clase de relación llena de bromas, juegos y retos. A Dana le sacaban de quicio cuando eran unos críos, pero con el tiempo y los años, ambos descubrieron que eso hacía que su relación fuese especial—. Pero me portaré bien y esperaré hasta mañana, ¿qué es un día más al lado de dos años?

Nicola estuvo a punto de ser descubierto por su mujer horas atrás, por culpa de las preguntas que no dejó de hacerle en afán por descubrir qué era lo que tan feliz le hacía a su marido.

—Te echaba de menos, Vicky.

—Y yo a ti, Nico —murmura ella—. Ahora ve a por tu mujer y disfruta de esta noche. Lo necesitáis.

—Descansa, enana.

—¿Enana? —Nico, que cuelga la llamada, la deja a solas en el salón. Han pasado tantos años desde que no pisa la casa de sus padres que se siente forastera y extraña a pesar de que hace un tiempo también lo consideraba su hogar—. Bienvenida a casa, Vittoria —dice para sí misma incorporándose, atravesando los pasillos, metiéndose de lleno en el dormitorio donde se acomoda sobre la cama para buscar el sueño entre los pliegues de las sábanas.

Apoyada en la almohada con la mirada perdida en el horizonte más allá de la ventana, Vicky se centra en el recuerdo de Sofía en la playa esa misma mañana; con los rayos de sol cayendo sobre su pelo y la arena manchando su piel. A unas casas más allá, y sin ser consciente de que su vida está a punto de cambiar, Sofía se encuentra con la espalda apoyada en el alféizar de la ventana echando un vistazo a las estrellas y ahogándose a causa de la añoranza que siente al recordar su pasado.

—Me estoy volviendo loca…

Sofía se pasa las manos por la cabeza, gira sobre sus talones y camina hacia la cocina para así buscar un vaso de agua fría con la que refrescar su garganta y aclararse la mente. Mañana será un duro día, tendrá que hacerse cargo del restaurante y debe descansar. Vittoria consigue dormir al final, lo hace sumergida en los sueños más dulces que jamás ha tenido deseando que todo lo que suceda, sea tan maravilloso como así sueña.

Aunque no tiene ni idea de que será mucho mejor.

# PARTE IV
# LOS BESOS SABEN A SUEÑOS



22 DE JUNIO DEL 2023

Tal y como pensaba que ocurriría, poner en marcha Fine Terra sin Greta era más complicado de lo que imaginaba. Tener un par de manos extra la ayudaba a compartir el peso de la cocina y poner en marcha varios platos a la vez, pero hacerlo ella sola era agotador y también estresante. Se había puesto el despertador a las cinco de la mañana y gracias a ello había disfrutado de un amanecer diferente.

Con la mirada puesta en el segundo café de la mañana, Sofía se lleva una de las manos a la cabeza en un gesto natural y gira sobre sus talones para dirigirse de nuevo hasta la cocina. Aún tiene mucho en lo que entretenerse, así que no puede perder demasiado tiempo en un descanso.

Una vez que vuelve y da un paso hacia la cocina, sus ojos se quedan atrapados en el reflejo que percibe en el cristal. No cree posible lo que ven sus ojos, pero la visión está siendo tan real que palidece, tiembla y necesita apoyarse en una mesa cercana para evitar caer.

Sin poder frenar la fuerza de sus emociones, sus ojos se convierten en un profundo lago anegado de lágrimas. En la última sesión que tuvo con su psicóloga descubrió que era muy normal tener espejismos con las personas que ya no están, pero ahora, el vello se le ha erizado a causa del miedo y no puede ni siquiera respirar sin sentir que quiere echar a correr.

Vittoria lleva tanto tiempo esperando que se le han entumecido las piernas. No tenía planeado presentarse en *Fine Terra* hasta mediodía, pero su necesidad por ver a Sofía era tan grande que no pudo permanecer más tiempo escondida. Ni siquiera puso freno al impulso que la llevó a atravesar las puertas del restaurante sin pensar en lo que causaría

—Sofía… —Vicky, dispuesta a todo, se aparta de la columna en la que está apoyada, avanza por el salón y frena sus pasos a menos de un metro tras ella—. Por favor, mírame…

—No eres real. Tú… tú no estás aquí, es imposible. —Presa de un ataque de ansiedad, Sofía siente que el pecho le duele. Abre su boca para empezar a respirar notando que el aire no le llega, pero es imposible—. Tú no puedes ser real. Estás…

—Lo estaba. —Vicky da un paso más, levanta una mano y la apoya sobre el hombro de una Sofía que estupefacta, deja caer los brazos a sus lados y se gira para enfrentarla—. Créeme cuando te digo que el día que abrí los ojos, yo también creí que estaba muerta.

Sofía llora, tiembla, quiere levantar la mano, pero su cuerpo se niega a obedecer sus indicaciones. Tan pronto como Vittoria da un paso más, nota que los ojos de su chica recorren las imperfecciones de su rostro y desvía su mirada en otra dirección por miedo a sentirse rechazada. Las manchas se deslizan como ondas de pintura en un óleo;

deformando su mejilla y una de sus bonitas cejas. La piel de Vicky hasta entonces bronceada se ha manchado con zonas más claras provocadas por la mala cicatrización de las heridas. Nunca volverá a tener esa belleza natural proveniente de sus raíces griegas.

—¿Qué pasó…? —Sofía, con los ojos llenos de lágrimas, levanta una mano y aparta el pelo azabache de Vittoria una vez que se atreve a acercarse a ella—. ¿Te…? —Incapaz de decir lo que está pasando por su cabeza, se muerde el labio y suelta un suspiro.

—Una explosión alcanzó al convoy en el que íbamos. Todo saltó por los aires, perdí el conocimiento y tras mucho tiempo inconsciente abrí los ojos y me encontré en un campamento en mitad de Oriente. —Vittoria no ha dejado de mirarla un segundo, de sostener sus ganas de besarla, de amarrar sus fuerzas para no caerse de bruces al suelo y romperse en mil pedazos—. No podía ni moverme porque, además de esto —se señala la mejilla—, el brazo salió mal parado y…

—¿Nico lo sabe…? —Sofía pregunta y Vicky sonríe.

—Mi hermano fue el primero en saber que estaba viva —dice—. No quería que lo supiera nadie más porque lo que deseaba era…

—¿Sorprenderme? ¿Matarme de un susto? ¿¡Hacer que piense que estoy loca!? —Desesperada, Sofía levanta la voz y ese hecho provoca que Vittoria se eche a reír. Extrañaba verla así, escuchar su voz, percibir sus nervios y su confusión en cada gesto, sentir que el amor sigue ahí y que le quema por dentro—. ¿Qué era lo que querías, Vicky?

—Sorprenderte…

Un segundo. Eso es lo que necesita Vittoria para acercarse a Sofía, sujetarla de una mejilla y besarla. Había soñado con este momento una y otra vez y no iba a cederle más espacio al tiempo, no después de haber pasado por tanto y haber estado a punto de perder la vida.

La castaña ya no tuvo forma o manera de escapar. Sus emociones tomaron control de sus actos y una vez que cerró sus ojos, todo lo que soñó, se hizo realidad.

……

Han pasado unas horas desde que Vittoria atravesó las puertas de *Fine Terra* y cumplió deseos que tenía atascados en el corazón. Nico tenía razón al decir que sus miedos la invitaban a pensar en negativo porque ahora, sentada en el suelo de azulejos de la cocina, en lo único que puede pensar es en amar. Es la primera vez en años que se ha atrevido a convertir el espacio de trabajo de Sofía en un lienzo pintado de recuerdos llenos de caricias, besos y gemidos. Hacía tanto tiempo que sus manos no recorrían esas curvas infinitas que no le dio tregua a su novia, y provocó que un orgasmo llegase tras otro entre besos llenos de alma y amor.

Sofía, con la espalda pegada al suelo y el pelo desparramado intenta recuperar el aliento tras una oleada frenética de sentimientos que la han dejado noqueada y fuera de juego. Había extrañado esa intensidad capaz de arrancarte el sentido y esa fuerza con la que Vicky marcaba cada rincón de su piel. Juntas habían estallado de la mejor forma posible y se habían descubierto como si jamás hubiesen tenido la oportunidad de hacerlo.

—Creo que debería volver al trabajo… —Vittoria, que apenas se ha movido, se incorpora y la mira con una ceja alzada—. No me mires así, alguien tendrá que dar de comer a la gente, ¿no?

—No.

—¿Cómo qué no? —Sofía se ríe y antes de que pueda levantarse del suelo, su chica la

inmoviliza con la fuerza de su cuerpo—. No es justo que uses tu fuerza contra mí, ¿eh?

—Lo que no es justo es que estés pensando en romper este momento. —El susurro cae sobre los labios de la castaña a modo de caricias y besos que segundos después, marcan un camino hacia su cuello—. Ya sabes cómo soy…

—¿Insaciable?

Sus miradas chocan y se dedican una sonrisa que vuelve a desaparecer tras un intenso beso en el que luchan por ser la que gane el juego esta vez. Sofía sumerge sus manos en el pelo azabache de Vittoria y se incorpora lo suficiente para terminar sentada y rodeándola con su cuerpo. Hay instintos que nacen desde lo más profundo de su ser y ante la visión de las heridas que marcan la piel aceitunada de su chica, la castaña no duda en hacerle olvidar lo que sintió a base de pequeños mordiscos, lamidas y besos.

Una de las cosas de las que Vicky no pudo olvidarse jamás de Sofía, era la dulzura entremezclada con su toque apasionado y sensual. Para la pelinegra, la contraria era como la miel; un manjar exquisito que degustar una y otra vez hasta empalagarse y perderse por completo.

Con los rayos de sol arrastrándose por las paredes de *Fine Terra*, son los dedos de Vittoria los que descubren ese paraíso que jamás se cansó de recorrer. Húmedo, caliente; una flor que se abre y acoge la esencia de un alma que se enlazó con la suya la primera vez que chocaron. Sofía se mueve como una sirena, se contonea y aumenta un roce que provoca que sus ojos vislumbren chiribitas, que el universo entero se concentre en aquella cocina y que el tiempo se paralice para estar marcado únicamente por el ritmo ajetreado de sus corazones.

—Sofía… —Vittoria gime, lo hace a causa de las caricias que su chica le está regalando en ese instante—. Te amo… —confiesa y lo hace un segundo antes de que Sofía la bese y enlace su lengua con la suya en una danza que se convierte en el último empujón directo al paraíso.

El suelo se convierte nuevamente en el lecho donde descansan sus cuerpos una vez que alcanzan un clímax lleno de color, de emociones, de luces y amor. Las dos sonríen, lo hacen a la misma vez que tiemblan y se miran como si fuesen una maravilla recién encontrada. Las caricias llegan, pasan a ser una cobija bajo la que esconderse y el resto del mundo desaparece.

—Repítelo de nuevo…

—Te amo, Sofía… —Vittoria susurra esas palabras y Sofía sonríe tanto que le duelen las mejillas—. Te amo y, antes de que todo esto pasara, quería decirte algo…

—No hace falta que lo digas… —Sofía acaricia la mejilla de Vicky y sonríe antes de afirmar con su rostro una y otra vez—. Quiero y siempre quise… —susurra—. Es lo que he querido toda mi vida. Bueno, eso y formar una familia contigo.

—No será fácil…

—¿Cuándo lo ha sido? —pregunta Sofía con curiosidad.

Las risas son el broche que cierra el restaurante para el resto del día. Vittoria y Sofía se olvidan del mundo y de nuevo, tal y como sucedió la primera vez que se conocieron, conectaron.

# PARTE V
# RESTOS DE ARENA EN



# LA PIEL

23 DE JUNIO DEL 2023

La arena está conformada por restos de rocas y animales marinos, es fina, granulada y se escurre entre los dedos de la mano como el polvo o el aire en movimiento. Está llena de historia, tiene recuerdo y huella. Siempre presente en la vida de millones de personas, forma parte de instantes inolvidables en álbumes fotográficos eternos y es el elemento indispensable de un verano repleto de diversión y aventuras.

Para Sofía, el muelle era sin lugar a dudas el lugar enclave de Miravella, pero si tenía que encontrar uno que fuese especial para toda la familia, ese era la costa junto al mar. Ahí había vivido momentos intensos junto a su hermana y sus padres, pero también junto a Vittoria, Nico y la pequeña Giulia. Desde ahí podía sumergirse de lleno en el horizonte bañado de estrellas, navegar hasta la luna en lo alto y vibrar con el sonido de los fuegos artificiales en San Juan…

Una festividad celebrada en muchos rincones de Europa bien podría no ser tan especial, pero Greta era consciente que esta noche iba a ser diferente. Lo sentía en el ambiente, lo veía en los ojos de su marido y hermana. Vittoria brillaba pese a que los recuerdos del pasado aún le pesaban y aunque no dejaban de atormentarla durante las noches, cuando despertaba y se sentía en casa, la felicidad se convertía en ese bálsamo que había necesitado a lo largo de aquellos años perdida en mitad del oriente.

Giulia había descubierto gracias a la reaparición de su tía Vicky (a la que conocía gracias a las historias de su padre), que su madre era bruja y que todo lo que en la noche de San Juan se hacía realidad. Así que había escrito en una nota de papel rosado que al año siguiente quería tener un hermanito; gordito y con los carrillos rojos como el hermano de su amiga Beatritz.

Cada miembro de la familia acogía esta noche de junio con un deseo diferente y aunque eran conscientes de lo importante que era luchar por los sueños, sabían que la magia del mar los ayudaría a encontrar el camino correcto para poderlos disfrutar.

En la isla todo estaba preparado y la familia caminaba por las calles siguiendo el paso de todos los que no querían perderse el espectáculo pirotécnico de todos los años. Según habían anunciado estaba dedicado al mar y se hablaba de que lanzarían cohetes artificiales llenos de figuras de colores. Nunca antes se había realizado un festival de luz dedicado a una temática en especial y era ideal pensar que el cielo nocturno estaría iluminado con ello.

Nico no podía evitar sonreír y sentirse pleno. Sabía que echaría de menos su trabajo, que tendría que buscar otra forma de mantenerse activo y que dejaba de lado una labor que le había permitido convertirse en el hombre que era, pero su elección era firme y nadie la cambiaría. Quería dedicarse a su familia, estar con Greta, tener tiempo suficiente para ella,

pensar en tener un hijo o dos más y verlos crecer con la tranquilidad de saber que él estaría ahí cada día para verlos crecer.

Su hermana en lo único que pensaba mientras caminaba de la mano de Sofía, era en todos los planes que se habían quedado parados a causa de su desaparición. Ella y la castaña querían viajar, recorrer mundo y conocer otras culturas; dejar atrás la isla por un tiempo y vivir sin pensar en el futuro. El tiempo que habían permanecido separadas les había entregado una visión diferente de la vida y no querían dejar para el futuro algo que bien podían hacer ya.

Sofía, que sentía mariposas en el estómago a causa de todo ese amor que había renacido y crecido en su interior, reía por las payasadas de Giulia, que bailaba al son de la música de algunos bares que, además de permanecer abiertos a esa hora, ambientaban el paseo de la costa invitando a todos a acercarse y vivir ese verano que tanto habían ansiado.

—¿Ya sabéis donde queréis sentaros? —Nico, abrazado por la cintura a su mujer, le regala un beso cariñoso y mira hacia una playa que está abarrotada—. No sé si encontraremos un rincón vacío. No recuerdo haberla visto tan llena.

—Este año es especial papá, la tía dice que veré peces volar.

Nico ríe y con él, el resto de la familia.

—¿Qué os parece si tomamos asiento por allí? —Vittoria señala hacia la zona de juegos infantiles y Greta afirma.

—Es el mejor sitio teniendo en cuenta que Giulia es incapaz de permanecer sentada por más de cinco minutos. —Las palabras de Sofía provocan la risa de todos los presentes—. Será mejor que vayamos o nos lo quitarán.

……

El arrullo constante del mar se mezcla con el centenar de conversaciones que convierten la playa de las caracolas en un lienzo de lleno de vida. Todos los ojos están puestos en el cielo nocturno, en el brillo de las estrellas que pronto se entremezclará con el de los fuegos artificiales, y los corazones acogen emociones que brotan a través de sonrisas, risas, abrazos y caricias continuas.

Vittoria lleva esperando toda la noche y su impaciencia se ha convertido en nervios. No ha dejado de mover su pie derecho ante la atenta mirada de Sofía, que sabe que algo le ocurre y no ha dejado de sujetar su mano, dedicándole más de una caricia a la espera de que con ello, se calme.

Nico en vez de comer se ha dedicado a construir una fortaleza junto a Giulia y Greta, aunque ha intentado ayudarlos, ha terminado por apartarse y seguir la conversación que su hermana y Vicky mantienen.

—Así que habéis decidido dejar la isla un tiempo —pregunta a la vez que mastica un par de olivas que ha mezclado con un trozo de queso—, ¿ya tenéis una idea de a dónde iréis?

Sofía mira a Vittoria, que también lo hace y le sonríe.

—Le debo a tu hermana el crucero por Grecia, ¿no es así? —pregunta la pelinegra mirando a su chica—. Creo que podríamos empezar por ahí.

—No, no, no. —Sofía se niega en rotundo y se echa a reír—. Ya te dije que ese viaje estaba ocupado para nuestra boda. Así que no.

—¿Cómo qué no?

—Lo que has oído —responde la castaña—. Ya lo hablamos una vez, ¿no te acuerdas? Dijimos que nos tomaríamos unas semanas para no dejarnos una ciudad sin ver.

Vittoria le guiña un ojo a Greta, se levanta del asiento que tomó después de que extendieran el mantel de cuadros sobre la arena y se arrodilla ante una expectante Sofía que no ha dejado de observar sus movimientos.

—¿Qué haces?

—¡Nico! ¡Giulia! ¡No os perdáis esto!

Ante el llamado de atención de Greta, padre e hija abandonan su tarea y observan la escena con curiosidad.

—¿Sofía, me harás el honor de convertirte en mi mujer de una vez por todas? —pregunta la pelinegra sacándose del bolsillo el anillo que reservó años atrás—. No hay otra persona con la que quiera compartir mi vida y… —El estallido de un cohete interrumpe sus palabras y se echa a reír—. Y tampoco creo que haya un momento más perfecto que este para pedírtelo.

Sofía, con el corazón encogido en el pecho y las emociones transformándose en lágrimas, afirma. Lo hace repetidamente entre risas; mirando a su hermana, a su cuñado, a su sobrina.

—¿Cómo no voy a querer? Lo he estado esperando desde que nos conocimos… —confiesa y levanta su mano temblorosa que Vittoria sujeta para poder acomodar el anillo en su dedo—. Esto no es real…

—Lo es, y a partir de ahora, haremos realidad **todo con lo que soñamos**… —Un beso entre las dos es el broche final de una pedida que culmina entre vítores de Nico, aplausos de Giulia y el estallido de un nuevo cohete que invita a la velada de fuegos de artificio a iniciarse.

Así, con el espectáculo de luces iluminando el cielo con un centenar de colores, lo que en un comienzo pareció ser el final del capítulo más duro de sus vidas, Vittoria y Sofía pasaron hoja y comenzaron a escribir otro. Uno lleno de ilusión, esperanza, vida, sueños y amor; junto a su familia, en la isla que las vio crecer, en el lugar que se conocieron y el día que se amaron por primera vez.

Porque la magia que nace del fuego y la luz, es capaz de cambiarte la vida y las suyas, las de todos, habían cambiado para siempre.

FIN

# INDICE

PARTE I
PARTE II
PARTE III
PARTE IV
PARTE V